

CAPITULO IV.

DETALLES SOSPECHOSOS.

El juez era uno de esos pocos hombres que dedican su vida á cumplir su deber y que en fuerza de hacer uno y otro dia el sacrificio de su bienestar, concluyen por encontrar un goce en lo que deberia ser un sufrimiento.

Cincuenta y cuatro años tenia el representante de la ley, y hacia veinticinco que desempeñaba su honrosa mision en diversos distritos.

Estaba dotado de privilegiada inteligencia, era incansable para el trabajo y su honradez no tenia igual; pero como no contaba con el apoyo de cierta clase de influencias, no habia conseguido hacer fortuna, si bien todos le reconocian las mejores cualidades y lo respetaban.

Durante su larga carrera habia podido aprender mucho, y sabia muy bien que la justiciase equívoca con frecuencia

cuando se trata de penetrar en el misterio de ciertos crímenes, y que á veces el criminal es el que menos lo parece.

Ante todo, tenia el juez mucho cuidado en ocultar sus pensamientos, en disimular sus impresiones, porque sabia que la mas leve indiscrecion puede ser un rayo de luz para que el criminal consiga aparecer inocente.



De todos era amigo, pero nadie podia decir que gozaba de la intimidad de aquel hombre severo y reservado.

Con semejante juez no debia estar completamente tranquilo el sacristan, pues los que no se fiasen de las apariencias, debian encontrar algo inexplicable y por consiguiente sospechoso en el crimen que se habia cometido.

Del médico sabemos ya que era un hombre que valia mucho y que no se contentaba con examinar la superficie.

El lector ha visto cómo el médico supo buscar y encontrar

la verdadera causa de la enfermedad terrible que amenazó á María cuando ésta se creyó engañada por Andrés.

El secreto de las intrigas del miserable Braulio era conocido por el médico, porque don Gaspar no habia querido ocultarle nada; pero este secreto habia sido guardado escrupulosamente.

Y para que nada faltase, el sargento de la guardia civil conocia por experiencia todos los resortes de que se sirve el criminal para extraviar á la justicia, y era ademas astuto, suspicaz y desconfiado hasta el punto de que muchas veces desconfiaba de sí mismo.

Estos tres hombres, el cura y la señora Juana quedaron con el sacristan.

El sacerdote y su ama de gobierno debian permanecer silenciosos mientras no se les preguntase.

Despues debia ir el escribano para extender en forma legal las declaraciones; pero el representante de la ley quiso aprovechar el tiempo y sobre todo explorar el terreno donde tenia que maniobrar.

Acercóse á la cama y se sentó.

—Me alegro, buen Braulio, dijo, que haya usted librado tan bien, pues segun dice nuestro amigo el doctor, el susto no producirá desagradables consecuencias.

—Sin embargo, respondió el sacristan con lastimero tono, me siento muy mal.

—La conmocion ha sido violenta.

—Tengo frio como si se me hubiesen helado los huesos.

—Eso pasará en breve, pues es nervioso.

—¡Dios mío!.....

—Han ido á buscar el antiespasmódico, y no sé.....

Interrumpióse el juez, y dirigiéndose al médico le preguntó:

—¿No sería conveniente una sangría?

—Ne es menester y así lo declaro bajo mi responsabilidad. Antes de examinar detenidamente al señor Braulio creí que sería preciso hacer uso de la lanceta; pero afortunadamente me equivoqué.

—Es extraño.

—A mí también me ha sorprendido.

—Entonces podemos ocuparnos del asunto, porque hay que aprovechar el tiempo para buscar á los criminales, dijo el juez mientras fijaba su mirada penetrante en el sacristán.

Este se estremeció; cambió de postura y dijo:

—Dispuesto me tenéis.

Luego exhaló un lánguido suspiro.

—Sapamos lo que ha sucedido la noche pasada.

—Yo dormía y desperté á los golpes que daban en la puerta. Me levanté y salí, preguntando quién llamaba, aunque no tengo costumbre de hecerlo así.

—¿Respondieron inmediatamente?

—Sí, respondieron diciendo: «abre, que la señora Pancracia está peor.»

—¿Conoció usted la voz del que hablaba?

—No; pero tampoco pensé en adoptar precaucion alguna; me encontraba todavía medio aturdido por el sueño, y abrí, creyendo de buena fé que la señora Pancracia tenia necesidad de los auxilios de la religion.

—Al referir lo que sucedió despues, no se olvide usted del mas leve detalle.

—Al abrir entraron cuatro hombres, cayendo sobre mí. Quise retroceder y gritar, pero me oprimieron la garganta,

me arrojaron al suelo y me amenazaron con sus puñales. Lo que sentí no puedo explicarlo. Todo fué para mí desde entonees confuso. Me taparan la boca, me ataron y uno de ellos me amenazó con matarme si me movia, quedándose junto á mí mientras que los otros entraban en este aposento.

—De algo se olvida usted.

—De nada, y ademas repito que mi aturdimiento era tal que apenas me daba cuenta de la situacion.

—Prosiga usted.

—Volvieron á salir con las llaves y se fueron hácia la sacristía. Me pareció oír ruido de golpes y de pasos. Permanecí inmóbil, porque mis ligaduras no me permitian otra cosa y porque siempre estaba á mi lado el que me amenazaba. Por fin volvieron con algunos envoltorios. «Ya hemos concluido,» dijo uno de ellos. Y salieron, cerrando por fuera la puerta y echando la llave, que supongo se llevaron con las demas. Mi cuerpo estaba dolorido; mis ideas eran muy confusas; me sentía medio ahogado y quise romper mis ligaduras, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. No sé cuánto tiempo he permanecido así; pero sí aseguro que si hubiérais tardado algunos minutos mas en socorrerme, mi vida habria concluido.

El guardia desplegó una sonrisa maliciosa y fijó la mirada en los objetos que habia sobre la mesa.

—¿Sabe usted qué hora era cuando llamaron? preguntó el juez.

—Lo ignoro.

La explicacion de Braulio pareció muy clara y muy sencilla al sacerdote y también al ama de gobierno, pero no sucedió lo mismo al juez, ni al doctor, ni mucho menos al sargento de la guardia civil.

—¿Y nada han oído ustedes durante la noche? preguntó el representante de la ley al cura y á la señora Juana.

—Tengo el sueño pesado y para despertar me es menester que golpeen en la puerta de mi aposento.

—A mí me sucede lo mismo, dijo la sirviente, y además duermo al otro extremo de la casa.

—Ahora reconoceremos otra vez el sitio donde se ha cometido el crimen y preguntaremos á los vecinos por si han oído llamar. Así averiguaremos á qué hora se presentaron los ladrones.

Levantóse el juez.

—Si vuestra señoría me lo permite, dijo el sargento, daré algunas órdenes á mis subordinados.

—No hay ningún inconveniente.

Llamó el sargento, diciéndole al guardia que se presentó:

—No se moverá usted de aquí, ni permitirá que se toque á ningún objeto, absolutamente ninguno.

—Está bien.

Esta consigna debía ser cumplida con toda exactitud.

La intranquilidad de Braulio aumentaba por instantes.

—Me quedaré al lado del enfermo, dijo el doctor.

—Como usted quiera.

Salió el juez con el sargento.

Cuando este pudo hablar descuidadamente dijo:

—Todo esto me desagrada.

—¿Y por qué? le preguntó el representante de la ley.

—Ahora estamos solos y puedo hablar con descuido.

—He contado con la ayuda de usted.

—Pues bien, señor juez, principiemos por el principio, porque de otra manera no podríamos entendernos.

—Ya escucho.

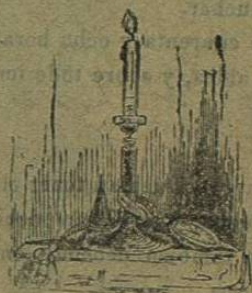


Esta consigna debía ser cumplida.

—Llamaron y despertó el sacristan. ¿Qué es lo primero que debió hacer?

—Al levantarse encenderia la luz, dijo el severo juez.

—Sobre su mesa está la palmatoria con un cabo de vela, y hay tambien una caja con fósforos. Despues de encendida la luz, se vestiria y con la palmatoria en una mano y en la otra las llaves, saldria para abrir.



—Así debe haber sucedido.

—Preguntó, le respondieron, abrió y cuatro hombres se arrojaron sobre él.

—Eso asegura.

—Debió caer la palmatoria y rodar, apagándose ó no la luz, porque no se detendrian á quitársela cuidadosamente, y si así hubiera sucedido, el sacristan habria podido gritar como dice que quiso hacerlo.

El juez desplegó una leve y maliciosa sonrisa.

—Sargento Fernandez, dijo, será usted alferéz ó yo dejaré de ser quien soy.

—Cumpro mi deber.

—Adelante.

—Debemos suponer que la palmatoria rodó, y por consiguiente la cera derretida se habrá derramado y encontraremos sobre los ladrillos alguna parte de la misma, sin contar con que algunas señales recientes debe haber también en los bordes de la palmatoria.

—Pronto lo veremos.

—Espere usía, porque aun no he concluido.

—Vuelvo á escuchar.

—Aun no hace cuarenta y ocho horas que llovió mucho, y las calles de la aldea, y sobre todo los caminos, están llenos de lodo.

—Es verdad.

—Los cuatro ladrones debían tener el calzado sucio. Aquí sostuvieron una lucha, y aquí han debido quedar señales de sus piés, así como también debemos encontrarlas en la sacristía y en la iglesia.

—Será usted alférez, volvió á decir el juez.

—Si al salir los ladrones no se detuvieron, según asegura el sacristán, ¿cómo se encuentra la palmatoria en ese aposento y sobre la mesa? repuso el astuto sargento. ¿Quién la ha llevado allí?

Otra vez sonrió el juez maliciosamente.

—Hay más, añadió el sargento.

—Sigo escuchando.

—A un hombre no se le sujeta sin luchar, y sin estropear la ropa, y la sotana de Braulio está limpia y no se ha roto. Si hay vecinos que declaren que á media noche llamaron, el señor doctor dirá cuál debe ser el estado de una persona que ha permanecido más de seis horas con la boca tapada. También es extraño que á pesar de sus ligaduras no haya pro-



Sigo escuchando.

curado arrastrarse hasta llegar al dormitorio del señor cura para hacerle despertar como mejor le fuera posible.

—Examinemos, dijo el juez, que parecia encantado con la astucia del sargento.

No hablaron mas entonces.

Inclináronse para revisar el suelo.

No encontraron las gotas de cera ni señales de pisadas, sino desde la puerta hasta el sitio donde habia estado tendido el sacristan, es decir, donde se habian reunido los curiosos aldeanos; pero mas allá no habia sino alguna otra mancha de lodo.

En la sacristía y la iglesia sucedia lo mismo.

¿De qué luz se habian servido los ladrones?

¿Cómo habian pisado sin ensuciar el suelo?

Despues de este nuevo exámen salieron de la casa, dirigiéndose á las de enfrente.

Uno de los vecinos, que padecia fuertes dolores de cabeza, habia pasado casi toda la noche sin dormir y declaró que poco despues de las doce habia oido llamar por tres veces, sin que despues percibiese ningun ruido.

No necesitaba mas el sargento para completar sus sospechas y sus deducciones.

Volvieron al aposento de Braulio.

Este habia dejado la cama.

Procedióse entónces á extender la declaracion en presencia del escribano.

El juez pidió mas detalles, preguntando al sacristan:

—¿Qué hizo usted al salir de la cama?

—Vestirme como ahora estoy.

—¡A oscuras! murmuró el juez con extrañeza,

—No, porque ántes encendí la luz.

- Ya veo allí la palmatoria y los fósforos.
 —Donde la dejo todas las noches por lo que pueda ocurrir.
 —¿Y de qué luz se sirvieron los ladrones?
 —De la misma que yo llevaba.
 —¿Se la quitaron á usted de la mano?

Esta pregunta hizo comprender á Braulio que habia cometido una torpeza, y queriendo remediarla, dijo:

- Al acometerme los ladrones se me escapó de la mano la palmatoria, cayó al suelo y se apagó.
 —Recuerda usted si rodó hácia la puerta de la calle?
 —Hácia el otro lado.
 —¿Volvieron á encender la vela los ladrones?
 —Sí.
 —¿Cen qué?
 —Con un fósforo.

Este nuevo detalle fué de mucha importancia para el sargento, puesto que la cerilla tampoco estaba en el pasillo.

El juez tomó la palmatoria y la examinó detenidamente.

No tenia una sola mancha de cera, ni la mas leve señal de haber caido.

Si el sacristan no hubiese ya estado pálido, se le habria visto palidecer.

Preguntó el juez por mera fórmula si habia reconocido Braulio á los ladrones ó si podría reconocerlos, pidiendo algunas señas sobre sus personas y ropaje.

Para el sargento no habia duda de la criminalidad de Braulio; pero no podia procederse contra él, pues las sospechas se fundaban solamente en deducciones que podian ser erróneas.

Dióse por terminado el interrogatorio, se extendió nota de

los objetos robados y el juez se retiró á su casa en compañía del médico, despues de decirle al sargento:

—Es preciso que sea usted alférez; pero esto no depende de mí.

Diez minutos despues decia el doctor:

—Segun el estado en que he visto al sacristan, no puede haber tenido la boca tapada más de dos horas.

—Los ladrones entraron poco despues de las doce.

El médico se encogió de hombros.

Suponemos que opinaba lo mismo que el sargento; pero quiso mostrarse muy reservado,

En vano el juez le hizo muchas preguntas.

Firmó su declaracion, despidióse y fué á visitar á sus enfermos.

La vivienda del cura estuvo todo el dia llena de gente.

Don Gaspar y Andrés fueron tambien á visitar al sacerdote.

Para todos era muy claro lo que habia sucedido, y todos deploraron la desgracia sin que á nadie le ocurriese poner en duda la honradez de Braulio.

Tuvo éste que repetir mil veces el relato del suceso.

Algunos guardias habian salido á recorrer las cercanías en busca de los ladrones; pero el sargento no hizo en todo el dia mas que pasearse por la plaza, deteniéndose alguna vez para contemplar el templo.

A las cuatro de la tarde salió Braulio para dar un paseo segun acostumbraba.

Pasó junto al sargento y le saludó cortesmente.

Volvió el sacristan á la aldea cuando se ocultaban los últimos rayos del sol.

Parecia muy preocupado.

—¿A dónde ha ido? se preguntó el astuto sargento. A pasear como todos los días; pero..... Seré alférez.

La noticia del sacrílego robo había puesto en conmoción á todos los habitantes de la comarca.

El día pasó sin novedad.

Durante la noche, un negro bulto se deslizó varias veces por los alrededores de la iglesia.

Era el sargento envuelto en su capote.

Al otro día los aldeanos acudieron al templo según costumbre.

Era domingo.

Por la tarde permanecieron en la aldea, porque no tenían que ir á trabajar.

Braulio, que nunca tomaba parte en las diversiones de sus convecinos, fué á pasearse.

Llegó á la cruz de la ermita.

Allí había tres personas, una encantadora jóven de negros y magníficos ojos, sentada junto á un hombre que representaba veinticinco ó veintiseis años.

Eran María y Andrés.

A poca distancia de ellos corría y jugaba alegremente un hermoso niño.

Braulio lanzó una rápida mirada de odio á la tierna criatura.

Luego desplegó una de sus dulces sonrisas, y saludó á los que aún llamaba sus amigos, desapareciendo tras la ermita.

—¡Pobre Braulio! dijo María.

—Graves faltas ha cometido, respondió Andrés; pero las expía sobradamente, porque su situación es bien triste.

—Debe sufrir mucho.



María y Andrés.

—Le hemos ofrecido con delicadeza los medios para que rehaga siquiera en parte su fortuna, y no ha querido aceptar.

—Porque nada ambiciona mas que la paz del alma.

Andrés hizo un gesto de duda.

—¿Crees que no está verdaderamente arrepentido?

—Dios me perdone; pero me parece que Braulio es de esas criaturas cuyo mayor crimen consiste en no arrepentirse del mal que hacen.

—Andrés.....

—Lo he perdonado y estoy dispuesto á hacerle toda clase de beneficios. ¿Puede exigírseme algo mas?

—Que lo ames como á uno de tus amigos, dijo María con angelical dulzura.

—Por lo menos ningun rencor queda en mi alma.

Mientras hablaban así, rivalizando en nobleza de sentimientos, Braulio descendia de la cumbre, entraba por un estrecho sendero y se alejaba rápidamente.

CAPITULO V.

DÓNDE SE ENCONTRABA PEPA.

Nadie observaba al criminal hipócrita, y por consiguiente no se cuidaba de fingir.

Su mirada era profundamente sombría.

Su rostro se había contraído violentamente.

De vez en cuando y con reconcentrada voz pronunciaba los nombres de María y de Andrés.

Llegó á un sitio en donde los matorrales lo ocultaban.

Entonces redobló el paso.

Media hora despues se encontraba en un olivar.

Avanzó hasta un pequeño barranco, á cuyo fondo bajó; y allí entre las peñas y zarzales se detuvo.

En aquel sitio se encontraba Pepa envuelta en su negro abrigo.

Habíase sentado sobre una piedra, y parecía bastante fatigada.

—¿Hace mucho que esperas? preguntó el sacristan sentándose tambien.

—Hace cerca de una hora, y ya empecé á creer que no vendrias.

—Necesito ser muy prudente.

—¿Que novedades hay?

—Ninguna, y me parece que es lo peor que puede suceder.

—¿Te han pedido otra vez declaracion?

—El juez me deja en paz.

—¿Y los otros?

—El médico no me ha dicho una palabra.

—¿Y el sargento?

—Se pasea y parece que no se preocupa de lo que á todos llama tanto la atencion.

—Tal vez tus temores son infundados.

—¡Oh!..... No, Pepa, no son infundados, porque en los semblantes de esos tres hombres he leído lo que piensan.

—Pero si sospechan de tí, ¿por qué te dejan en paz?

—Sin duda esperan para dar con seguridad el golpe, dijo el sacristan estremeciéndose.

—Tu miedo, siempre tu miedo, replicó desdeñosamente Pepa.

—Pues mi cobardía me salva, porque me hace prudente. Olvidamos algunos detalles que han sido un rayo de luz para el astuto sargento.

—Te se ha metido en la cabeza que tiene importancia lo de la palmatoria.

—Tuve que decir que se me habia caído de la mano, porque era lo natural, y al caer han debido quedar en el suelo manchas de cera.

—¿Crees que han pensado en todo eso?

—Sí, tengo la seguridad de que esta circunstancia no ha pasado desapercibida.

—A pesar de todo eso, Manolo estará ya en Sevilla, y pronto lo tendremos aquí.

—¡Pronto! murmuró el hipócrita.

Y un destello de alegría feroz se escapó de sus ojos.

Luego apoyó los codos en las rodillas y la frente en las manos, quedando inmóvil.

—Mi plan está bien combinado, dijo Pepa.

—Tú verás satisfecha tu pasion, y yo saldré de apuros para una temporada, porque María, ademas de acceder á tus deseos, dará todo el dinero que se le pida. Poco tiempo tenemos ya que esperar.

—Dices que tu plan está bien combinado, y á mi me parece que no hemos pensado en todo.

—¿Y qué te importa si no eres tú quien há de hacer lo mas peligroso?

—Mucho temo que María deje morir á su hijo antes que ceder.

—¿Hay acaso otro medio mejor?

—Ninguno.

—Pues entonces.....

—Ese sargento me infunde terror. ¿Por qué no se ha movido para buscar á los ladrones? Y en cuanto al médico... Oh!..... Tambien me hace perder la tranquilidad.

—Sospecharán cuanto quieran, pero mientras no prueben nada, podrás reirte de todos ellos.

—En el momento en que desaparezca el niño, se producirá un escándalo.

—Y su padre querrá buscarlo, y su madre tambien, y aprovechando la primera ocasion.....

—Morirá Andrés, así me lo has prometido.

—Y así me conviene, porque tu amigo es muy temible,

mucho mas temible que el sargento. De mi buena fé en este asunto no puedes tener queja, pues ya ves que estoy en completa libertad y que no he querido irme con Manolo.

—Todo eso es verdad; pero tu buena fé no es bastante para que nos salvemos.

Pepa sonrió desdeñosamente y se puso en pié.

—¿Ya te vas?

—Tengo que andar bastante, y tú debes volver pronto á la aldea.

—¿Te quedan provisiones?

—Pocas; pero Manolo me traerá cuanto necesito, y si no mañana puedes tú dejar aquí lo que mejor te parezca.

—Mucho cuidado, Pepa, mucho cuidado, porque la imprudencia mas leve nos perderia.

—No pasa por allí alma viviente.

Ni una palabra mas pronunciaron.

Muy preocupado se dirigió el sacristan hácia la poblacion.

La bellissima rubia, en direccion opuesta, atravesó el barranco.

Veinte minutos despues se alejaba del olivar por un terreno árido y pedregoso.

Despues de media hora se encontró con lo que pudiéramos llamar las ruinas de una casa, porque de ésta no quedaban mas que algunos trozos de pared y algun techo, todo esto medio oculto entre los montones de piedras y ladrillos y los espesos matorrales que por allí crecian.

Aquellas ruinas no pertenecian ya á nadie, pues hacia muchos años que el edificio habia sido abandonado por sus dueños.

Los terrenos que rodeaban la casa eran improductivos, por-

que estaban cubiertas de las piedras y arena que arrastraban las aguas en la estacion de las lluvias.

Bien puede asegurarse que trascurrían muchos meses sin que nadie pasase por allí.

No se veia ni un solo sendero.

Mas allá de la casa levantábase una pequeña colina tambien árida y pedregosa.

Por todas partes el suelo se presentaba muy desigual.

Decíase que por allí abundaban los lobos, y no faltaba quien asegurase que era un punto de reunion de brujas y duendes.

Todas estas circunstancias eran suficiente motivo para que á nadie le ocurriese pasar por allí.

Braulio conocia muy bien el sitio, y lo habia elegido para que se ocultase Pepa.

Dos departamentos quedaban en la casa con techumbre, y podían servir aún para ponerse al abrigo de la intemperie.

Metióse la jóven entre las ruinas, saltando sobre los montones de escombros y encontrándose luego en una de esas habitaciones.

Allí tenia que dormir en el suelo, y sin mas abrigo que su ropa.

Por todo alimento tenia algun pan, queso y un trozo de jamon que habia conservado durante sus correrías por aquella tierra.

Agua la encontraba fácilmente en el fondo de los barrancos.

La vida no era soportable allí por mucho tiempo, pero sí por algunos dias.

Pepa habia sufrido con resignacion todas las molestias y

todas las privaciones, porque creia firmemente que habia de hacer un gran negocio.

No se le ocultaba que Braulio debia quedar en una situacion muy crítica; pero á ella no le importaba lo que pudiera sucederle al sacristan.

El plan ya lo conocemos: debian apoderarse del inocente hijo de María, exigiendo por su rescate una crecida cantidad.

Braulio, por su parte, debia exigir otra cosa.

En cuanto á la muerte de Andrés, se cumpliria lo prometido si este llegaba á ser un estorbo, pero si así no sucedia, ni Pepa ni Manolo echarian sobre sí la responsabilidad de un nuevo crimen para complacer al miserable Braulio.

Dejándose este arrebatar por el vértigo de su pasion, no habia podido prever los resultados, ni mucho menos comprendia que su posicion era demasiada falsa, pues tenia en contra suya sus antecedentes bien conocidos de sus propias víctimas y tambien del médico que no podia sostener su reserva sino hasta cierto punto.

Empero los inconvenientes con que Braulio debia luchar no eran ventajas para sus víctimas.

Una vez que los criminales se apoderasen del hijo de Andrés, no sabemos hasta qué punto llevarian su crueldad.

Y entretanto María, como esposa y como madre, colocada en una alternativa la mas horrible, podia sucumbir, y era posible tambien que Andrés fuese considerado un estorbo y fuese asesinado, si no para complacer al sacristan, como medio de salvacion.

Sentóse Pepa entre los escombros, y quedó pensativa.

No debia tardar en tener á su lado á Manolo, que habia hecho felizmente el viaje á Sevilla.

Antes de que oscureciese, entró el sacristan en la aldea.

Tambien entonces encontró al sargento.

Saludáronse.

Braulio llegó á su morada.

El ama de gobierno le preguntó con mucho interes si se encontraba mejor.

—Ya estoy completamente bien, dijo el hipócrita.

Y entró en su dormitorio mientras la señora Juana exhalaba un suspiro.

Tambien aquella noche pasó sin novedad.